AGUA SIN VOZ

Ana Meucci

AGUA SIN VOZ

Ana Meucci

Edición limitada y numerada de 200 ejemplares

Piezas Azules

COLECCIÓN PIEZAS POÉTICAS

Primera edición, septiembre 2026

©Ana Meucci: *Agua sin voz*

Prólogo: ©Natalia Litvinova

Ilustraciones y fotografía del autor: ©Ana Meucci

Edición: ©Piezas Azules, editorial independiente
piezasazuleseditorial.com

ISBN: 979-13-991643-3-6
Depósito legal: M-18139-2026

Impreso en Estugraf, Ciempozuelos.

Piezas Azules llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.

La arquitectura de las mareas

no es para quedarnos en casa que hacemos una casa

Juan Gelman

No es casual que este libro incluya varios epígrafes de poetas migrantes del siglo XX. En ellos hay una incomodidad persistente, una sensación de desplazamiento que no se resuelve, como si el lenguaje caminara sobre arenas movedizas. No se trata de un lugar perdido ni de uno nuevo del todo, sino de un estar *entre*. Ese estar *entre* dialoga de manera secreta con el título, *Agua sin voz*: el agua como materia que se desplaza, que insiste, pero no fija contornos. Pienso en Joseph Brodsky, otro poeta obligado a dejar su amada San Petersburgo y sus canales, ese entramado líquido que siguió alimentando su imaginario poético en el exilio.

Agua sin voz de Ana Meucci es un libro cincelado, de compleja evaporación, denso en su belleza. Se entiende, entonces, la elección de un lenguaje mínimo: no hay épica capaz de adornar la pérdida. Cada poema parece haber sido trabajado como una superficie sensible, donde importa cada sonido, cada eco. Los textos sugieren un recorrido, y por eso la poeta cuida el ritmo como quien cuida el agua en medio del desierto. Así construye una geografía subjetiva hecha de restos, roca, sal, cuerpos, memoria. Una naturaleza trastocada y, por momentos, anonadada frente a las decisiones humanas. Hay algo aquí de un cubismo del alma, una fragmentación que no busca recomponer una imagen total, sino sostener sus quiebres. En uno de los poemas leemos:

cuelga el océano
el lado umbrío de la carne
cuelgan nuestros ojos en una foto que envejece
pasto de polillas

las caras de piedra y marfil cuelgan igual

Ana es venezolana, de antepasados italianos, y vive en España. Los mares de su vida no aparecen como postales, sino como lentes que amplifican y distorsionan. El agua funciona como un ritmo interno, una respiración entrenada para resistir en la profundidad. Por momentos, los poemas adoptan un tono bíblico o profético, no desde la revelación, sino desde lo que llega después del sismo: como si el lenguaje hubiera aprendido a hablar sin lengua y se comunicara con la huida de los pájaros, con los peces:

agua y sal
rebosan de las manos
caen
de los ojos hacia adentro

entre cada voz y cada filo, caen

y no podemos más que hacernos isla

(...)

con el estómago abierto al cielo

A medida que el libro avanza, la voz poética se repliega como un caracol, como una crisálida. Extenuada, se enrosca sobre sí misma. El cansancio que emerge no es solo individual, parece heredado, sedimentado en la memoria del cuerpo:

descarto una piel
y abandono
a tientas
otra de mis vidas

Leer estos poemas produce algo parecido a una suave alucinación, como si observáramos una fotografía imposible de tomar: fantasmagorías que deambulan en un espacio suspendido, una suerte de naturaleza muerta trasladada al territorio de la poesía:

algo atardece entre los ojos

en la ranura
de la mesa partida
dentro de los buques orillados
a un extremo de la cama

Todo *Agua sin voz* se lee como un único aliento, dividido con precisión en cuatro partes. Un aliento que no se desborda, sino que avanza recogiendo raíces, torsos, piedras. No busca rescatar una geografía precisa ni reinventarla. Propone, más bien, sentir el desplazamiento, hacer con las palabras una casa provisoria.

Natalia Litvinova

A mi mamá, por las vislumbres del arte.

¿Hacia dónde fue aquello hacia nada ido?

Paul Celan

Existe un sentir que es entre el sentir

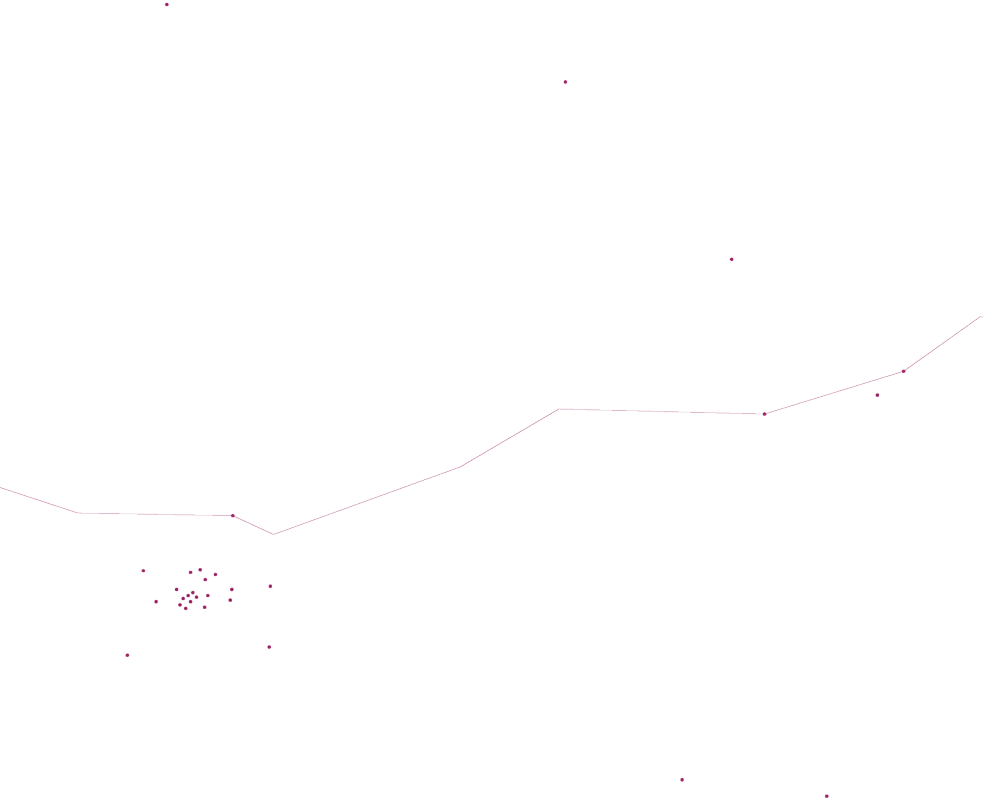
Clarice Lispector

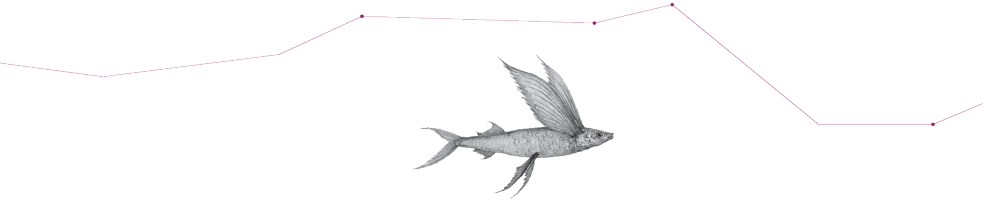
la tarea es precisa

guardar en un sobre los puntos
donde quedó enlazada la mirada

limpiar el tiempo viejo a las alforjas y erigir un muelle
que sea tempestad
                y sea faro
astillero
        y fondo de mar

I





El mar
en mí
no deja dormir

Hanni Ossott

cuelga el océano
el lado umbrío de la carne
cuelgan nuestros ojos en una foto que envejece
                pasto de polillas

las caras de piedra y marfil cuelgan igual
cómodas en la pared
ignoran esos seres que fuimos, que no somos

la querencia de los árboles
que intentaron seguir nuestros pasos

y solo enmudecieron

cuando los pájaros se han ido
no hay tiempo ya
para juntar ninguna piedra

agua y sal
                rebosan de las manos
caen
de los ojos hacia adentro

entre cada voz y cada filo, caen

y no podemos más que hacernos isla

una llana
y dúctil
            isla

con el estómago abierto al cielo
buscando anidar
buscando
                entre los peces

algo nos hermana con las piedras
algo
como un ansia raíz

la ciudad
sobre el valle, el valle
bajo humo

una de mis caras
la observa

la otra
intenta no girarse

es bien sabido que los rostros de roca
se quiebran con el fuego

¿y los de agua?

aún no
sé qué hacer
de tanta agua